

ALONSO ARES, Adolfo. *El líquen de los robles*. Follas Novas: Santiago de Compostela, 2000, 53 pp.

Quien conozca los perfiles temáticos y formales que singularizan la poética de Adolfo Alonso Ares no encontrará diferencias básicas de uno u otro carácter en su poemario *El líquen de los robles*. Ahí está su mundo lírico inequívoco, sus motivos dominantes, sus rasgos técnicos más comunes. Empero, cada libro del autor es distinto, cada libro es una nota de un canto que nace del mismo hontanar. Siendo así, la tarea crítica habrá de consistir en poner de relieve, en cada una de las sucesivas entregas poéticas del escritor astorgano, los rasgos propios que hacen divergente una obra de otra, en el marco de los extraordinarios parecidos que las asemejan.

Ya el título *El líquen de los robles* nos conduce al escenario de la niñez, en un contexto geográfico de frío y de heladas, donde se levanta una casa que fue el ámbito de la infancia. Casa entrañable en la que la cocina era centro familiar y el huerto una apertura a la belleza y al perimundo paisajístico. Rodeadas de enseres cotidianos, las brasas hogareñas crepitaban cálidamente en aquel entorno doméstico en el que brotó la raíz lírica del hablante poemático.

A modo de reconocimiento al espacio de la casa como manantial del poeta, los textos primero y último de este conjunto se centran en ella, encuadrando el contenido de la obra, un encuadre que refuerzan incluso las estructuras lingüísticas de los versos con que principia (“Tengo frente a la casa del silencio”) y termina (“Y la casa/ que tengo frente al patio de las lilas”). Aquella casa simbolizó el paraíso infantil, un paraíso rodeado de bella naturaleza, pero desde la que asimismo se veía que no todo era paradisíaco alrededor. Puertas afuera, aparece la miseria, la necesidad, el hambre, mucha hambre. He ahí la lección para el niño que es y será poeta. Aquella casa estuvo en el lugar preciso para contemplar cómo florecía lo bello, pero también para que tampoco quedaran ocultas las realidades más tristes y penosas de las circunstancias humanas.

Casa de ayer evocada líricamente desde hoy. Días pretéritos revividos desde el presente. Atmósfera del pasado distante en espacio y tiempo, pero anidada en el espíritu. La voz lírica recuerda, y al recordar constata el transcurso temporal, llave maestra en la poética de Alonso Ares. Anótense los campos semánticos de los poemarios del escritor leonés, y se apreciará que la dialéctica del discurrir cronológico y sus secuelas siempre emerge como uno de los referentes neurálgicos en todos y cada uno de los conjuntos, y por ende también ocurre en *El líquen de los robles*.

El recuerdo de las vivencias que quedaron en la lejanía de los años hace nacer una entristecida nostalgia, pero la comprobación del deterioro de las cosas propicia una patética y desazonadora impotencia. El tiempo no se detiene, y arruina, arrumba, pudre, mata. Seguimos moviéndonos en el universo de Alonso Ares: paraíso de la infancia, días que fueron pero no se olvidaron, decrepitud de cuanto resplandecía, y la comprobación del imponderable de la muerte.

Y ahora volvamos a los campos semánticos que habíamos establecido, y fijémosnos bien: en *El líquen de los robles* alcanza la muerte un relieve especialísimo, muy por encima del que alcanza su responsable esencial, el tiempo transcurrido. Porque en este libro asoma más la muerte que cualquier otra instancia, e incluso hay estrofas que nos sobrecogen por su insistencia al respecto. Léase la que da comienzo al poema décimo:

Suena a nadie, verdad que mira y muere.  
Tengo presente al tiempo en la ceniza  
pájaros fríos, lentos cangilones  
de una noria que muere y se desliza

Nótese que ningún verso carece de la referencia mortal, aunque el tercero la explicita a través del adjetivo "fríos". Ninguna otra estrofa del libro acumula tan terrible concentración fúnebre, pero en *El liquen de los robles* rebosan las líneas que plasman cenizas, despojos y aconteceres sepultados en el tiempo. Y quizá tenga lógica tanta recurrencia en la muerte, tanto énfasis en lo perecido. La mitificación de la infancia es la causa. El paraíso infantil está tan mitificado, tanto, que su pérdida es padecida como muerte voraz y omnipresente que no deja de visualizarse en todo y por todo.

Pero pasemos ya a considerar algunos aspectos del lenguaje poético de *El liquen de los robles*. La obra se ha elaborado dentro de los parámetros típicos del autor: lengua de cuño surreal, estructuración de poema-libro en el que cada texto funciona a modo de fragmento del conjunto, y verso de marchamo clásico, con una preferencia marcada por endecasílabos y versos heptasílabicos, aunque se usan versos más cortos en ocasiones.

Cabe subrayar en este conjunto que el autor se vale de la estrofa esporádicamente, así del cuarteto en la composición XVI, y de una suerte de serventesios en los poemas X y XI, estrofas en las que quedan libres de rima los versos 1 y 3 de cada agrupación. Procede añadir, además, que no carece de vertiente lúdica *El liquen de los robles*, como lo demuestra el poema XXXIII, en el que un donoso juego con las rimas contrapuntea la graveza de la obra y rebaja un tanto la espesa sombra que deja tras de sí el corrosivo caminar del tiempo sobre las desvencijadas huellas de antaño.

José María Balcells

**Ángel Crespo: una poética iluminante. Edición e introducción de José María Balcells. Ciudad Real: Diputación, 1999, 398 pp.**

A finales de noviembre de 1996, se celebró en Almagro un homenaje al poeta Ángel Crespo. Como explica el compilador, José María Balcells, las aportaciones a tal homenaje, más las que después se han sumado, han originado este libro, "referencia bibliográfica fundamental, sobre la obra del poeta. (...) convirtiéndose en una contribución filológica muy apreciable acerca (...) de la poesía de Ángel Crespo."

Ante todo, *Ángel Crespo: una poética iluminante* apunta hacia un exhaustivo y variado conocimiento de la obra y personalidad artística crespiana. La propia riqueza del libro muestra la compleja dimensión literaria del autor, quien no sólo se adentró en la poesía, alcanzando un lugar cimero, sino también en la traducción o en el ensayo, sin mencionar la pintura.

Al esclarecimiento de la compleja y atractiva obra poética crespiana contribuye la estructura del volumen, que, en palabras de Balcells: "Respecto a la ordenación de estos estudios, hemos situado primero los escritos relativos a la biografía de Ángel Crespo, seguidos de los de índole más general. A continuación van los que tienen que